

WARHAMMER
40,000

DAN ABNETT



EISENHORN

timunmas



EISENHORN

DAN ABNETT

timun**mas**

Título original: *Eisenhorn*
Traducción: Emma Fondevila García (*Xenos*)
Juan Pascual Martínez Fernández (*Malleus, Hereticus* y relatos)
Asesor de español para BL Publishing: J. A. Miguel Racher

Ilustración de cubierta: Clint Langley
basada en una ilustración original de Adrian Smith

Primera edición: enero de 2017

Eisenhorn, Eisenhorn, GW, Games Workshop, Warhammer 40.000, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2004
por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

Xenos y *Malleus* © 2001, Games Workshop Ltd.
Hereticus © 2002, Games Workshop Ltd.
Perdida en combate apareció por primera vez en *Inferno!* © 2001, Games Workshop Ltd.
Telón de fondo por una corona apareció por primera vez en *Inferno!* © 2002,
Games Workshop Ltd.

© De la traducción, Games Workshop Limited, 2007. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2007, 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0428-9
Preimpresión: gama, sl
Depósito legal: B 22534-2016
Impreso en España por Book Print

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

Introducción	11
Xenos	15
Perdida en combate (relato)	333
Malleus	363
Telón de fondo por una corona (relato)	713
Hereticus	743

XENOS



POR ORDEN DE SU SACRATÍSIMA MAJESTAD
EL DIOS-EMPERADOR DE TIERRA

EXPEDIENTES INQUISITORIALES RESERVADOS
SÓLO PERSONAS AUTORIZADAS

EXPEDIENTE 112:67B:AA6:Xad

Sírvase introducir su código de autorización *****

Validando...

Gracias, Inquisidor.

Puede continuar.

TRANSCRIPCIÓN VERBAL DE DOCUMENTO
REGISTRADO EN IMÁGENES

LUGAR: MAGINOR

FECHA: 239.M41

RECUPERADO DEL MÓDULO DE MEMORIA
DEL SERVIDOR

**TRANSCRITO POR EL SABIO ELEDIX, FACULTAD DE LA
BIBLIOTECA DE DATOS INQUISITORIAL ORDO
HERETICUS, FIBUS SECUNDOS, 240.M41**

[Pictorregistro de ruido en blanco sigue a] Oscuridad, sonidos de dolor humano distante. Un destello de luz [¿posible fuego de láser?]. Ruido de pasos precipitados.

El pictorregistro se desplaza, rastrea, vibra. Algún muro de piedra en primerísimo plano. Otro destello, más brillante, más cercano. Quejidos de dolor [origen desconocido]. Un destello extremadamente brillante [pérdida de imagen].

[Imagen borrosa durante 2 minutos 38 segundos; cierto ruido de fondo.]

Un hombre [sujeto (i)] con túnica larga pasa gritando cerca de la fuente de imagen [voz irrecuperable]. Entorno, piedra oscura [pos. ¿túnel? ¿tumba?]. Identidad de (i) desconocida [sólo visión parcial del rostro]. El pictograbador se acerca por detrás de (i), observando cómo (i) extrae un martillo de energía que llevaba colgando bajo la túnica a la altura del muslo. Enfoca las manos de (i) aferrando el mango. Anillo de sello inquisitorial perfectamente visible. (i) se vuelve [el rostro oscurecido por las sombras]. (i) habla.

VOZ (i): ¡Entra! ¡Entra en nombre de lo más sagrado! ¡Vamos y [palabras tapadas por un estallido sonoro] a ese monstruo bastardo hasta aniquilarlo!

Más destellos luminosos, ahora claros impactos de láser cercanos. Los filtros del pictograbador no consiguen impedir el destello [imagen en blanco].

[Imagen en blanco durante 0 minutos 14 segundos; lentamente se recupera la resolución.]

El pictograbador pasa a través de una alta entrada de piedra de alguna estancia de proporciones considerables. Piedra gris, toscamente tallada.

Vista panorámica. Cuerpos a la entrada y también sobre los escalones interiores. Presentan heridas espantosas, destrozados. Piedras cubiertas de sangre fresca.

VOZ EN OFF [¿(i)?]: ¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¡Déjate ver!

El pictograbador entra. Dos formas humanas pasan a su lado por la izquierda, borrosas [la imagen revela que una de ellas [sujeto (ii)] es un hombre, aprox. 40 años, robusto, lleva pectoral de la Guardia Imperial [sin insignia ni identificación], importante cicatriz facial [antigua], lleva una ametralladora pesada alimentada por cinta; la otra (iii) es una mujer, aprox. 25 años, esbelta, piel teñida de azul, tatuajes y armadura ceñida de iniciado en el Culto de la Muerte Morituri, esgrime espada psíquica [aprox. 45 cm de largo].

Las formas borrosas de (ii) y (iii) salen del campo del pictograbador. El pictograbador toma panorámica en redondo, toma vista lateral de (ii) y (iii) enzarzados en un rápido combate cuerpo a cuerpo con adversarios en los escalones inferiores. Los adversarios son una mezcla heterogénea: seis humanos con implantes quirúrgicos/biónicos, dos mutantes, tres servidores ofensivos [véase archivo adjunto para detalles de lugar]. (ii) dispara la ametralladora pesada [distorsión de la banda sonora].

Dos adversarios humanos pulverizados [el humo de la explosión desdibuja parcialmente la imagen]. (iii) decapita a un mutante, da una voltereta hacia atrás [conjetura de transcripción, pictograbador demasiado lento para seguirlo] y atraviesa a un adversario humano. El pictograbador se mueve hacia abajo [imagen espasmódica].

VOZ EN OFF: ¡Maneesha! ¡A tu izquierda! ¡A tu iz...!

El pictograbador toma una vista parcial mientras (iii) recibe varias descargas de fuego de energía. (iii) sufre convulsiones, estalla. El pictograbador es salpicado por la sangre pulverizada [la imagen se hace borrosa]. (ii) grita y avanza saliéndose del campo visual mientras dispara su ametralladora pesada. Repentino fuego cruzado de láser [los destellos láser ciegan la óptica del pictograbador].

[Diversas fuentes de ruido, voces no identificadas, alguien grita.][Vuelve la imagen.](i) está justo delante del pictograbador. Entra a la carga en la estancia amplia, sencilla, iluminada por la luz verde de las lámparas químicas [rostro iluminado por la luz durante 0,3 segundos]. Sujeto (i) identificado positivamente como el Inquisidor Hetris Lugenbrau.

LUGENBRAU: ¡Quixos! ¡Quixos! ¡Pasemos a todos por la espada y por el fuego purificador! ¡Ahora tú, monstruo! ¡Ahora tú, bastardo!

VOZ [no identificada]: Aquí estoy, Lugenbrau. Kharnagar espera.

Lugenbrau (i) sale de foco. El pictograbador toma una panorámica. La imagen da saltos. Restos humanos esparcidos por el suelo [composición identifica al sujeto (ii) como uno de nueve cadáveres]. Detonación(es) importante(s) y cercana(s). La imagen tiembla. El pictograbador cae de lado.

[Imagen en blanco durante 1 minuto 7 segundos. Importante ruido de fondo.]

[Vuelve la imagen.] Lugenbrau se ve en un plano parcial a la izquierda luchando. El rastro luminoso de los golpes del martillo de energía quedan superpuestos a la imagen durante varios segundos [imagen indistinta].

El pictograbador vuelve a enfocar a Lugenbrau. Lugenbrau enzarzado en combate cuerpo a cuerpo con enemigo desconocido. Movimientos demasiado rápidos para el pictograbador. Imagen borrosa. Figuras humanas [identidad desconocida, pos. soldados enemigos] avanzan desde la derecha. Las cabezas de las figuras humanas estallan. Las figuras caen.

[Imagen en blanco. El pictograbador queda bloqueado. Duración desconocida.]

[Vuelve la imagen, imperfecta.] Tomas inestables de suelo y muros. Reenfoco borroso. El pictograbador vuelve a enfocar a Lugenbrau y adversario en combate [el humo empaña la imagen]. La lucha sigue sien-

do demasiado rápida para la pictofuente. Mucho ruido de fondo. Una línea brillante [supuestamente una espada] atraviesa a Lugenbrau. La imagen da saltos [cierta pérdida de imagen]. Lugenbrau cae [la imagen se extingue].

[Pausa/imagen en blanco durante tiempo indeterminado.]

[Vuelve la imagen.] Primer plano de rostro mirando al pictograbador. Identidad desconocida [sujeto (iv)]. (iv) es bien parecido, escultural, sonriente, de mirada vacía.

VOZ (iv): Hola, pequeño, soy Cherubael.

Destello luminoso.

Grito [proveniente, al parecer, de la pictofuente].

[La imagen se extingue. Fin de la grabación.]



Uno

Una fría bienvenida La muerte en las catacumbas letárgicas Algunas reflexiones puritanas

Persiguiendo al reincidente Murdin Eyclone, llegué a Hubris en el Letargo de 240.M41, según el calendario sideral imperial.

El Letargo duró once meses del año lunar de veintinueve meses de Hubris, y los únicos signos de vida eran los custodios, con sus garrotos luminosos y sus trajes térmicos, encargados de vigilar los precintos de las tumbas de hibernación.

Dentro de esas catacumbas tenebrosas de basalto y ceramita, dormían los grandes de Hubris, soñando en tristes catacumbas de hielo, esperando el Deshielo, la estación intermedia entre Letargo y Vital.

Incluso el aire era gélido. Las tumbas estaban cubiertas de escarcha y una capa de hielo tapaba la tierra sin relieve. En lo alto, constelaciones estelares titilaban en la curiosa noche permanente. Una de ellas era el sol de Hubris, ahora tan distante. Cuando llegase el Deshielo, Hubris giraría otra vez en el cálido abrazo de su estrella.

Se convertiría entonces en un globo ardiente cuando ahora era apenas un borrón luminoso.

Mientras mi cúter artillado se posaba en el campo de aterrizaje de pistas cruzadas de Punta Tumba, ya me había puesto un traje ceñido con calefacción interna y vendas de material aislante para el mal tiempo, pero

a pesar de todo, el peligroso frío me cortaba como una espada. Me llovaban los ojos y las lágrimas se me congelaban en las pestañas y las mejillas. Recordé los detalles del informe cultural que me había preparado mi sabio y rápidamente bajé el visor antiescarcha tiritando mientras el aire caliente empezaba a circular bajo la máscara de plástico.

Los custodios, alertados de mi llegada por los astrópatas, me esperaban al pie de las pistas de aterrizaje. Encendieron estacas a modo de homenaje en medio de la noche helada, el aire se convertía en vapor con el calor que salía de sus ropas. Los saludé con una ligera inclinación de cabeza y mostré a su jefe la insignia de mi cargo. Me esperaba un trineo, un vehículo color óxido en forma de flecha de veinte metros de largo montado sobre esquís y orugas.

Con él abandoné la pista de aterrizaje, dejando atrás las luces parpadeantes de señalización de mi cúter artillado en medio de la perpetua noche invernal.

Las orugas levantaban detrás de nosotros una estela de escarcha. Por delante, a pesar de las lámparas, el paisaje era negro e impenetrable. Loes Vibben, yo y tres custodios íbamos en una cabina iluminada sólo por la luz ámbar del panel de control del vehículo. Los orificios de ventilación, ocultos en los asientos de cuero, insuflaban aire caliente que olía a cerrado.

Un custodio le pasó a Vibben una placa de datos. Ella le echó una rápida mirada y me la entregó. Me di cuenta de que todavía llevaba puesto mi visor. Lo levanté y empecé a buscar las gafas en mis bolsillos.

Con una sonrisa, Vibben sacó unas del interior de su propio traje aislante. Le di las gracias con una inclinación de cabeza, me las calcé sobre la nariz y empecé a leer.

Acababa apenas de leer las últimas placas de texto cuando el trineo se detuvo.

—Procesional Dos-Doce —anunció uno de los custodios.

Desmontamos tras volver a bajarnos los visores.

Copos brillantes de escarcha flotaban en la oscuridad en torno a nosotros, lanzando destellos de luz al atravesar el campo de los faros de nuestro vehículo. Había oído hablar del frío amargo, pero ruego al Emperador no volver a sentirlo nunca más. Era mordaz, atenzador y realmente sabía amargo en la punta de la lengua. Todas mis articulaciones se quejaban y rechinaban.

Tenía las manos y la mente entumecidas. Realmente espantoso.

El Procesional Dos-Doce era una tumba de hibernación situada en el extremo occidental de la gran Avenida Imperial. Albergaba a doce mil ciento cuarenta y dos miembros de la elite gobernante de Hubris.

Nos aproximamos al gran monumento y subimos haciendo crujir con nuestros pasos los escalones negros recubiertos de escarcha.

—¿Dónde están los custodios de la catacumba? —pregunté deteniéndome.

—Haciendo su ronda —me respondieron.

Miré a Vibben e hice un gesto de contrariedad. Ella deslizó la mano bajo su traje ribeteado de piel.

—¿Sabiedo que veníamos? —insistí volviendo a dirigirme a los custodios—. ¿Sabiedo que esperábamos encontrarlos aquí?

—Voy a ver —dijo uno de ellos, el mismo que nos había entregado la placa de datos. Se adelantó y subió los escalones haciendo balancear la luz fosforescente de su bastón.

Los otros dos no parecían muy cómodos.

Hice una señal a Vibben para que me siguiera escaleras arriba. Lo encontramos en una terraza inferior mirando los cuerpos tendidos de cuatro custodios cuyos bastones luminosos yacían apagados a su alrededor.

—¿Co... cómo? —balbuceó.

—Hágase a un lado —le dijo Vibben sacando su arma. Su diminuta runa de color ámbar activada destelló en la oscuridad.

Saqué mi espada que emitió un zumbido al activarse.

La entrada sur de las tumbas estaba abierta y del interior salían rayos de luz dorada. Rápidamente se iban confirmando todos mis temores.

Entramos. Vibben barría el lugar de lado a lado con su pistola. La sala era estrecha y alta, iluminada por brillantes globos químicos. La escarcha ya había penetrado y empezaba a extenderse sobre el basalto pulido de las paredes.

A unos cuantos metros de la entrada otro custodio yacía muerto sobre un espejo de sangre que se iba endureciendo. Pasamos por encima de él. A cada lado se abría un pasillo que daba paso a los pabellones de hibernación. En todas direcciones se veían filas y filas de literas de hielo que llenaban las lisas cámaras de basalto.

Era como entrar en el mayor depósito de cadáveres del Imperio.

Admito que a esas alturas estaba nervioso, ansioso de acabar de una

vez con una cuestión que ya duraba seis años. ¡Eyclone llevaba seis años rehuyéndome! Había pasado día tras día estudiando sus métodos y soñando con él por las noches, pero ahora podía olerlo.

Levanté mi visor.

Del techo caía agua. Agua de deshielo. Aquí dentro estaba subiendo la temperatura. En sus literas de hielo, algunas de las desdibujadas figuras empezaban a removerse.

¡Demasiado pronto! ¡Era demasiado pronto!

El primer hombre de Eyclone me salió al encuentro desde el oeste cuando iba cruzando un corredor transversal. Giré sobre mis talones con la espada de energía en la mano y le corté el cuello antes de que pudiera descargar su hacha de hielo.

El segundo vino del sur, el tercero del este y después fueron llegando más y más.

Una confusa multitud.

Mientras luchaba oí un furioso intercambio de disparos en las catacumbas que quedaban a mi derecha. Vibben estaba en apuros.

Podía oírla a través del enlace de voz de nuestras capuchas.

—¡Eisenhorn! ¡Eisenhorn!

Me di la vuelta asestando golpes a diestro y siniestro. Todos mis oponentes llevaban trajes térmicos e iban armados con instrumentos de hielo que hacían las veces de eficaces armas. Tenían los ojos oscuros y amenazadores. Aunque eran rápidos, algo en ellos daba la impresión de que actuaban como autómatas, respondiendo a órdenes.

La espada de energía, un arma antigua y elegante, bendecida por el propio Prevoste de Inx, respondía a los movimientos de mi mano. Con cinco movimientos rápidos acabé con ellos, y el vapor que emanaba de su sangre quedó suspendido en el aire.

—¡Eisenhorn!

Me di la vuelta y corrí, chapoteando por un corredor lleno de agua de deshielo. De arriba llegaron más disparos y un grito sobrecogedor.

Encontré a Vibben caída sobre una tubería de refrigeración. La sangre congelada la había adherido al plástico helado. Ocho de los sirvientes de Eyclone yacían a su alrededor. Su arma estaba fuera del alcance de su mano con el cargador agotado fuera de la empuñadura.

A mis cuarenta y dos años estándar, estoy en la plenitud según las normas imperiales y soy joven aplicando las de la Inquisición. Toda mi

vida he tenido fama de frío, de insensible. Algunos dijeron de mí que no tenía corazón, que era inclemente, incluso cruel. Pero no lo soy. No soy ajeno a las emociones ni a la compasión. Sin embargo, poseo algo que tal vez mis superiores consideren como mi principal virtud: una singular fuerza de voluntad. A lo largo de mi carrera me fue muy útil servirme de esta capacidad y galvanizarme, inflexible, contra todo lo que esta desdichada galaxia pueda ponerme por delante. El dolor, el miedo o la pena son lujos que no puedo permitirme.

Lores Vibben había servido conmigo durante cinco años y medio. En ese tiempo me había salvado la vida dos veces. Se consideraba mi asistente y mi guardaespaldas, pero en realidad era más bien una compañera y una camarada. Cuando la recluté en los barrios bajos de Tornish, la elegí por su habilidad en el combate y por su fuerza brutal, pero luego llegué a apreciarla por su agudeza, su ingenio y su mente despejada.

Me quedé mirando su cuerpo durante un momento, puede que incluso hubiera pronunciado su nombre.

Apagué mi espada de energía y, devolviéndola a su vaina, retrocedí hacia las sombras que había en el extremo de la galería de hibernación. Lo único que se oía era el ruido cada vez más persistente del deshielo. Sacando mi arma secundaria de la funda de cuero que la sujetaba bajo mi brazo izquierdo, comprobé la carga y abrí un enlace de voz. Indudablemente, Eyclone estaba controlando todo lo que entraba y salía del Procesional Dos-Doce, de modo que me valí de Glossia, un lenguaje cifrado informal que sólo conocíamos yo y mis allegados más directos. La mayoría de los inquisidores se inventan sus lenguajes particulares para sus comunicaciones confidenciales, unos más complejos que otros. Glossia, cuyos principios básicos había desarrollado diez años antes, era razonablemente compleja y había evolucionado, orgánicamente, con el uso.

—Espina desea égida, bestias entusiastas abajo.

—Égida, naciendo, los colores del espacio —respondió de forma inmediata y correcta Betancore.

—Espina de rosa, abundante, junto a la media luna púrpura.

—¿Junto a la media luna púrpura? —dijo tras una pausa—. Confirme.

—Confirmado.

—¡Sendero de cuchilla delphus! ¡Dibujo de marfil!

—Dibujo denegado. ¡Dibujo de crisol!

—Égida, naciendo.

La comunicación se interrumpió. Estaba de camino. Había tomado la noticia de la muerte de Vibben tan mal como yo había supuesto. Esperaba que eso no afectara a su conducta. Midas Betancore era un hombre impetuoso, sanguíneo, y a eso se debía en parte que me cayera bien, y que recurriera a él.

Volví a salir de las sombras empuñando el arma. Una pistola naval modelo Scipio, acabada en cromado mate con empuñadura de marfil incrustada; su peso en mi mano enguantada resultaba tranquilizador. Diez proyectiles, capaces de parar a un hombre sin fallar, iban en un cargador de muelle en la ranura que había dentro de la empuñadura. Tenía otros cuatro cargadores llenos en el bolsillo de la cadera.

No recuerdo de dónde había sacado la Scipio, pero llevaba varios años conmigo. Una noche, de esto hacía tres años, Vibben le había quitado las placas de ceramita de la empuñadura ya muy gastadas y adornadas con el Águila Imperial y el escudo de la Marina, y las había reemplazado por unas piezas de marfil que había tallado con sus propias manos. Me dijo que era una costumbre de Tornish cuando me la entregó al día siguiente. Las nuevas cachas llevaban tallada a cada lado de forma rudimentaria una calavera humana con una rosa llena de espinas que salía de una de las cuencas vacías, dejando caer unas cómicas gotas de sangre. Ella había incrustado unas piedras preciosas rojas para que se viera bien su naturaleza. Debajo de la calavera aparecía mi nombre grabado en un tosco pergamino.

Me había hecho reír. A veces incluso me había avergonzado sacar aquella arma barriobajera en un combate.

Pero ahora, ahora ella estaba muerta y me di cuenta de que había sido un honor para mí que me dedicara aquel trabajo.

Me hice una promesa: mataría a Eyclone con esta arma.

Como devoto miembro de la Inquisición de su alta majestad el Dios-Emperador, creo que mi filosofía está más próxima a la de los amalatinos. A la galaxia exterior, los miembros de nuestras órdenes les parecen todos iguales: un inquisidor es un inquisidor, un ser que provoca temor, un perseguidor. Muchos se sorprenden al saber que dentro de la Inquisición hay ideologías enfrentadas.

Sé que sorprendió a Vibben. Me pasé toda una tarde tratando de hacerle entender las diferencias, y no lo conseguí.

Reducido a su más simple expresión: algunos inquisidores son puritanos y otros radicales. Los puritanos creen y procuran imponer la doctrina tradicional de la Inquisición, trabajando para librar a nuestra comunidad galáctica de cualquier elemento criminal y malévolo: el triunvirato del mal que son los alienígenas, los mutantes y los demonios. Cualquier cosa que choque con la norma pura de la humanidad, las prédicas del Ministorum y la carta de la Ley Imperial es motivo de atención para un inquisidor puritano. Duro, tradicional, inclemente... así es el estilo puritano.

Los radicales consideran que cualquier método es aceptable siempre que cumpla con su cometido inquisitorial. Algunos, a mi entender, realmente hacen suyos y emplean recursos prohibidos, entre ellos la propia Disformidad, como armas para combatir a los enemigos de la especie humana.

He oído sus argumentos muchas veces. Me horrorizan. La creencia radical es herética.

Soy puritano por vocación y amalathiano por elección. Las formas ferozmente estrictas de la filosofía monodominante me convencen a veces, pero hay en ellas una leve sutileza que no es para mí.

Los amalathianos debemos nuestro nombre al cónclave reunido en el monte Amalath. Nuestro cometido es mantener el statu quo del Imperio, y trabajamos para identificar y destruir a cualquier persona u organismo que pueda desestabilizar el poder del Imperio desde fuera o desde dentro. Creemos que la unión hace la fuerza. El cambio es el mayor enemigo. Creemos que el Dios-Emperador tiene un plan divino, y trabajamos en pro de la estabilidad del Imperio hasta que se dé a conocer ese plan. Deploramos las facciones y las luchas intestinas... De hecho a veces resulta una ironía dolorosa que nuestras creencias nos señalen como una facción dentro de la espiral política de la Inquisición.

Somos la inmovible columna vertebral del Imperio, sus anticuerpos, encargados de combatir la enfermedad, la locura, el daño, la invasión.

No concibo una forma mejor de servir, ni una forma mejor de ser inquisidor.

Así queda completo mi retrato. Gregor Eisenhorn, inquisidor, pu-

ritano, amatiano, cuarenta y dos años estándar de edad, con dieciocho años como inquisidor. Soy alto y ancho de hombros, fuerte, resuelto. Ya les he hablado de mi fuerza de voluntad y estoy seguro de que habrán notado mi habilidad con la espada.

¿Qué más puedo decir? ¿Si llevo barba? ¡No! Además tengo ojos oscuros y el pelo aún más oscuro y espeso. Éstos son detalles sin importancia.

Déjenme que les cuente ahora cómo maté a Eyclone.